



Animales nacionales: imaginaciones del cóndor y el huemul

Felipe Kong Aránguiz

En 1834, el presidente José Joaquín Prieto decretaba la instauración de un nuevo escudo nacional, debido a que el anterior no contenía “pieza alguna alusiva al objeto que debe representar”¹, es decir, Chile. El diseño fue encargado al artista británico Charles Wood Taylor, e incluía dos animales que pocos chilenos habían visto hasta entonces: el cóndor y el huemul.

Éste, el ave más fuerte, animosa y corpulenta que puebla nuestros aires, y aquél el cuadrúpedo más raro y singular de nuestras sierras, de que no hay noticia que habite otra región del globo, y de cuya piel notable por su elasticidad y resistencia hacen nuestros valientes naturales sus coseletes y botas de guerra.²

Este texto parte de este hito anecdótico, pero fundacional, o dicho de otra manera: fundacional, pero anecdótico. El escudo propuesto por Wood e instaurado por Prieto hacía aparecer por primera vez a dos animales como representantes de Chile, guardianes y sostenedores de su emblema a la vez que parte de este mismo emblema. Pero estos animales no parecen justificarse por los simbolismos de la heráldica tradicional europea,

¹ Prieto, José Joaquín; Tocornal, Joaquín. Discurso ante el congreso, 1834. En Amunátegui Aldunate, Miguel Luis. *Los precursores de la independencia de Chile*. vol. III. Santiago, Chile: Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, 1870, p. 589.

² *Ibíd.*, p. 590.

que nada sabe de cóndores y huemules. Sí que sabe de águilas y ciervos, pero Prieto no se arriesga a hacer analogías con ellos. Su intención se centra sobre todo en la parte negativa de la fundación: acabar con lo que había antes, “ese escudo insignificante y abortivo” propuesto por O’Higgins, dejándole el plano creativo a un extranjero. Prieto afirma el valor del nuevo escudo según dos órdenes simultáneos: en primer lugar la “legalidad de su origen”, ya que se negaba o ignoraba el decreto supremo con que O’Higgins había dado paso al anterior; y la “propiedad de la alusión”, porque este escudo funcionaría como un reflejo de ciertos atributos que Chile tiene de por sí. El cóndor y el huemul, entonces, no son solamente animales *típicos* ejemplares de la variada fauna chilena, sino que además son representaciones del país en sí, animales *emblemáticos* pero sin correspondencia simbólica fija.

Hay cóndores y huemules en Chile, pero también hay ñandúes, ranitas de Darwin y monitos del monte. Estos animales fueron elegidos porque se extrajeron de ellos ciertas cualidades especiales, a saber, la *fuerza, animosidad y corpulencia* del cóndor y la *singularidad y utilidad* del huemul. Los atributos del cóndor son los adecuados para un país que acaba de ganar su independencia, su *forma*: una gran alma, un gran cuerpo y una fuerza que le dé consistencia a esta unión y que atemorice a los enemigos. Ahora bien, los del huemul son más insólitos. Un animal que es raro y singular pero que en vez de ser protegido (la ecología aún no hace aparición en la historia) es utilizado como material: esto nos da una imagen precisa de lo *exótico*, aquello otro que resulta apetecible y usable justamente por su carácter único. La imagen de Chile tendría entonces esta doble cara, activa y pasiva: por un lado una personalidad fuerte (cuerpo, alma y fuerza), por otro lado una disponibilidad singular. El huemul queda soslayado por la potencia del cóndor, apareciendo como un animal casi mitológico (recordemos que casi nadie lo ha visto) pero sin ninguna propiedad especial. Es un ciervo único en el mundo, pero nadie puede decir en qué consiste esta unicidad.

Este carácter semi-mítico del huemul viene desde su primera descripción escrita, hecha por el Abate Molina en 1782. En su *Compendio de la Historia Geográfica y Natural del Reino de Chile* señala que es una mezcla de caballo y burro que “gusta de habitar entre los precipicios más peligrosos de la cordillera, por cuyo motivo es muy difícil y arriesgada su cacería”, confiriéndole además el rol de “anillo que liga y une los cuadrúpedos rumiantes con los patiredondos”³. Está claro que Molina no había visto nunca un huemul, sino que se afirmaba en relatos ajenos: relatos que debieron haber hecho eco hasta la época de Prieto y Wood, porque el huemul del escudo desde el principio tuvo bastante de caballo, además de las constantes ocasiones en que fue derechamente reemplazado por este. Sus características se irán aclarando de a poco, enriqueciendo con cada fugaz momento en que los hombres se topan con él, hasta que finalmente en 1870 Miguel Amunátegui desenmascara su mito. Al

³ Molina, Juan Ignacio. *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. Madrid: Antonio de Sancha, 1788-1795. Pp. 364-365.

final de su obra *Los precursores de la independencia de Chile* registra y comenta la creación del escudo nacional, haciendo ver el error de haber puesto allí a un animal tan falto de gracia como el huemul, en comparación con el evidentemente majestuoso cóndor. Dice Amunátegui:

Se concibe muy bien que el cóndor, la más esforzada entre las aves de Chile, como el pájil o el león del país lo es entre los mamíferos, y la que vuela más alto entre las aves conocidas, haya tenido una colocación en el escudo de la República. Es el águila de esta comarca. Antes de la conquista, los peruanos veneraban al cóndor; y los naturales de Arauco se complacían en tomarlo por símbolo. Pero el huemul solo ha debido ese honor a la descripción fabulosa que hizo de este cuadrúpedo el ex jesuita chileno don Juan Ignacio Molina, quien, seguramente sin haberlo visto jamás, lo presentó como un animal muy raro y solo peculiar de nuestro país. Entre tanto, el huemul, según lo afirma don Claudio Gay, "no tiene nada de particular y es en todo semejante a los otros ciervos". En Chile es muy raro.

Habita, no solo en la cordillera de nuestro país, sino también en la de Bolivia y del Perú⁴.

Es decir, nada nuevo bajo el sol con el huemul, ciervo común que fue entronizado por equivocación. El cóndor, por mientras, gana más cualidades positivas: se compara con el león del país (el puma), se hace la analogía obvia con el águila, se remarca que es la que vuela más alto y que era venerada por los indígenas. Profunda asimetría, entonces, es la que existe entre este egregio animal y el vulgar huemul, animal difícil de hallar pero sin nada que hallarle. Y aun así el huemul siguió en su lugar, como un significante vaciado de toda cualidad pero hace equilibrio con el cóndor, que tiene las cualidades más elevadas. Los dos sostienen el escudo por igual: la misma función incluso en su profunda desigualdad.

Esta es más o menos la situación de los animales emblemáticos cuando aparece, en 1925, el artículo de Gabriela Mistral "Menos cóndor y más huemul". La autora expone allí la existencia de una suerte de *dobles alma* de Chile expresada en estos dos animales, que serían símbolos de la fuerza (cóndor) y la gracia (huemul). Esta oposición, dice Mistral, "equivale a lo que han sido el sol y la luna en algunas teogonías, o la tierra y el mar [...], una proposición difícil para el espíritu"⁵. La poeta parte por repudiar al cóndor, en el cual ve "solamente un hermoso buitres" que simboliza para los maestros de escuela "el dominio de una raza fuerte, [...] el orgullo justo del fuerte". Centrará su texto en realzar la figura del huemul, poniéndose a su vez el traje de maestra de escuela. Ella les diría a los niños sobre este ciervo:

El huemul es una bestezuela sensible y menuda; tiene parentesco con la gacela, lo cual es estar emparentado con lo perfecto. Su fuerza está en su agilidad. Lo defiende la finura de

⁴ Amunátegui, Miguel, op. Cit. p. 591.

⁵ Mistral, Gabriela. "Menos cóndor y más huemul" en *Recados contando a Chile*. Santiago de Chile: Ed. del Pacífico, 1957. Disponible en <http://www.gabrielamistral.uchile.cl/prosa/condorhuemul.html> .

sus sentidos: el oído delicado, el ojo de agua atenta, el olfato agudo. El, como los ciervos, se salva a menudo sin combate, con la inteligencia, que se le vuelve un poder inefable. Delgado y palpitante su hocico, la mirada verdosa de recoger el bosque circundante; el cuello del dibujo más puro, los costados movidos de aliento, la pezuña dura, como de plata. En él se olvida la bestia, porque llega a parecer un motivo floral. Vive en la luz verde de los matorrales y tiene algo de la luz en su rapidez de flecha⁶.

La sensibilidad modernista de Mistral logra encontrar cualidades sublimes en este aparentemente anodino animal: parentesco con lo perfecto, agilidad, sentidos finos, inteligencia. Pero su descripción trasciende la mera enumeración de cualidades, que no lo distinguirían del simbolismo europeo del ciervo. Mistral convierte la fugacidad del huemul en espíritu, y su belleza en vegetal. Es luz y es bosque, poder inefable y motivo floral. El cóndor se separa lo más posible del valle, adquiriendo una apariencia sublime, pero su forma de alimentarse es grosera, grotescamente material; el huemul en cambio se confunde con su entorno, está abierto a él con tal profunda sensibilidad que se desmaterializa. Pero no solo somos nosotros los que miramos a estos animales y constatamos sus diferencias. También son ellos los que nos miran, cada uno a su modo: “mejor es el ojo emocionado que observa detrás de unas cañas, que el ojo sanguinoso que domina sólo desde arriba”⁷. Elogio de lo horizontal contra lo vertical, de lo múltiple contra lo uno; pero también de lo inteligente contra lo fuerte, del espíritu contra la materia.

Pero Gabriela acata la inmemorial ley del equilibrio dualista, y defiende la necesidad de convivencia entre estas dos almas de Chile. Sin embargo, este equilibrio no tiene una forma geométrica o aritmética, donde los dos animales ocuparían el mismo espacio o tamaño: es un equilibrio de pesos, una balanza en la que al mayor peso del cóndor le corresponde menor presencia, y a la ligereza del huemul la parte más grande. La imagen que resulta, entonces, consiste en “que el huemul sea como el primer plano de nuestro espíritu, como nuestro pulso natural, y que el otro sea el latido de la urgencia. Pacíficos de toda paz en los buenos días, suaves de semblante, de palabra y de pensamiento, y cóndores solamente para volar, sobre el despeñadero del gran peligro”. Las dos almas de Chile se modulan como dos ritmos entrecruzados, uno masculino y uno femenino, uno violento y el otro pacífico. Pero el ritmo del peligro se ha extralimitado de su justa medida, ha tenido más lugar del que le corresponde. “La predilección del cóndor sobre el huemul acaso nos haya hecho mucho daño. Costará sobreponer una cosa a la otra, pero eso se irá logrando poco a poco”⁸.

El huemul vuelve a aparecer en la obra póstuma de la poeta, *Poema de Chile* (1967). En este libro la poetisa pasea imaginariamente por Chile, de norte a sur, acompañada por un niño diaguita y un huemul nortino (al que se conoce también como taruca). Sus dos acompañantes se indistinguen a lo largo del camino, asumiendo un solo papel, el de hijo

⁶ Ibídem.

⁷ Ibídem.

⁸ Ibídem.

(“Niño-Ciervo”, le llama a veces). El huemulillo aparece como la parte espiritual del niño, su guía, su ángel de la guarda: pero vemos con una lectura atenta que es mucho más que eso. El encuentro de la hablante con el animal está dado bajo una luz apoteósica: “¡Qué bueno es en soledades / que aparezca un Ángel-Ciervo!”⁹. Más allá del simbolismo europeo que liga al ciervo con Cristo, en Mistral el huemul funciona como una figura de Cristo particular, un Cristo-Chile, espíritu que atraviesa el país en todo su viaje y que lo va bendiciendo a su paso. Sabemos que para la poeta el Padre es una figura ausente y herida, comparada con el aire o con el desierto: por ello Dios sólo puede aparecer en forma de Hijo, como un árbol talado o quemado, como nos muestra Marchant en *Sobre árboles y madres* (1984). Pero también aparecerá como objeto de persecución de la Madre, como niño que se pierde, en un poema que los editores han decidido situar, muy atinadamente, como apéndice de *Poema de Chile*. Este poema es “Cuatro tiempos del huemul”, encuentro desesperado entre la mujer y el animal en la zona de Puerto Natales. Poco a poco se va contando la huida del huemul a la cordillera, pasando por una época de vaivenes: “resbalaste de los llanos / hacia los valles urgidos, / escapabas y volvías / como el Señor Jesucristo”¹⁰. Llegará el momento en que el animal no aparezca más (“Hasta que no regresaste / en tu equinoccio sabido”) y el espacio vacío y silente marque, sin huellas, su desaparición (“y la pampa se bebió / la saeta de tus ritmos”). Pero de pronto la Pampa se estremece, porque la pequeña flecha del huemul vuelve a bajar, con su “mirada de hembra y de niño”. Es entonces cuando la hablante puede por fin darle tierna caza, perseguirlo para amarlo, para *agarrarse a él*. “Todavía puedo verte / mi ganado y mi perdido / cuando lo recobro todo / y entre fantasmas me abrigo”¹¹. Finalmente se da el encuentro, que no es solo entre dos seres sino principalmente entre el país y su espíritu, que estaba perdido: “Patria y nombre te devuelvo, / para fundirte el olvido, / antes de hacerte dormir / con tu sueño y con el mío”. La nocturna pampa, entonces, puede por fin respirar, detener su silencio constante. Este respiro lo reciben la hablante y el huemul, terminando así el poema en una imagen obvia de maternidad: “El respiro le sorbemos / mujer y bestia contritos...”¹².

Muchas notas, y notas sobre notas, pueden hacerse sobre este poema, por el que atraviesan todos los temas clásicos de Mistral. Pero por ahora tomaremos en cuenta solo lo que este agrega a la imagen que teníamos del huemul. Esta alma olvidada de Chile, casi desaparecida, es objeto de una búsqueda por parte de la poeta para hacer renacer un gran respiro de la tierra, para darle presencia al ritmo suave del país y que logre superponerse al ritmo violento. El difícil encuentro con el huemul del sur funciona como complemento de la grácil aparición del huemul del norte al principio de *Poema de Chile*: podría decirse que este primer ciervito es el que da el ímpetu para buscar al otro, es la porción de espíritu que la va guiando hacia su misión: “Y ahora que tú me guías / o soy yo la que te llevo / ¡qué

⁹ Mistral, Gabriela. “Hallazgo” en *Poema de Chile*. Santiago: Seix Barral, 1985. p. 16.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 195.

¹¹ *Ibíd.*, p. 197.

¹² *Ibíd.*, p. 198.

bien entender tú el alma / y yo acordarme del cuerpo!”¹³. Así, la poesía mistraliana consigue llevar al huemul mucho más lejos del espacio emblemático en el que lo tenía la tosca poesía civil. Tanto este como el cóndor cobran en Mistral una fuerza nueva, volviéndose animales espirituales o, más bien, animales anímicos, *animales* configuradores de *alma*.

El alma-cóndor y el alma-huemul se entrelazan en Chile sin llegar a confundirse. El único momento en que podrían hacerlo es cuando un huemul muera y el cóndor se coma su cadáver: momento no imposible, pero sumamente *invisible*. Pocos han visto un cóndor, porque se alejan de la tierra hacia lo alto; casi nadie ha visto un huemul, porque huyen confundiéndose con su entorno. El espíritu europeo siempre fue una sustancia a la vez liviana y ascendente. Aquí estos dos atributos se separan: el alma-huemul es liviana pero se mueve horizontalmente, mientras que el alma-cóndor se remonta a lo alto pero dejando caer su peso gruesamente sobre sus presas. De cualquier modo, las dos almas se caracterizan por lo huidizo, por lo recóndito. Nuestras cualidades de huemul, bellas y ligeramente tristes, aparecen siempre fugándose (delicadeza, suavidad, inteligencia): y la fuga en sí misma se vuelve la forma principal de aparecer. Nuestras cualidades de cóndor, la altanería sin dominio y la melancolía de la carroñería, puede que estén siempre presentes pero no se dejan ver de frente: el alma-cóndor vuela alto, en lo inaccesible, y sólo baja para regocijarse en lo muerto. “Verdaderos piratas del aire” les decía el Abate Molina a los cóndores, y daba ideas de cómo tenderles trampas: no se imaginaba que su tierra natal los tomaría como símbolo.

Ambos animales además tienen en común una cierta tristeza de carácter. La carroñería del cóndor implica una pereza melancólica, la de esperar la muerte de otro sin actuarla: una agresividad sin acción en su forma más pura. La fugacidad del huemul, por su parte, está dada por su temor a lo desconocido, por una desesperación de supervivencia que no lo deja en paz. El cóndor ve todo lo vivo como ya muerto; el huemul ve todo lo vivo como peligro de muerte. La paranoia del huemul le viene dada por su mismo nombre, que en mapudungun es “seguir a alguien”: forma menos violenta que la de su palabra en kawesqar, *yekchal*, que significa “se lo mata a pedradas”.

Tanto el cóndor como el huemul nos ven a nosotros más que lo que nosotros a ellos: recibimos su mirada desde espacios fronterizos, no sólo porque habiten la cordillera (una frontera sumamente elocuente) sino porque son ellos mismos imágenes de lo lejano, de lo inaccesible, de la brecha entre lo conocido y lo desconocido. Y es de esa frontera desde la que nosotros mismos nos miramos con extrañeza, entonces, asumiendo la carga de nuestra doble alma que ciertas desafectadas decisiones políticas nos impusieron como signo.

¹³ *Ibíd.*, p. 17.